

«¿QUÉ DESEAS SER?» (MATEO 20.20–28)

El presente es un sermón breve que usé como parte de un culto de nombramiento para nuevos diáconos. El texto de Mateo debe ser leído a (o por) la congregación antes del sermón.

¿Qué deseas ser cuando crezcas? Esta es una pregunta que les hacemos a los niños.¹ Es una pregunta que a muchos de nosotros nos hicieron cuando éramos niños. Cuando era niño, contestaba: «Voy a ser doctor». Esta fue mi respuesta hasta mi último año de secundaria, cuando decidí convertirme en predicador.

Hoy estoy haciendo la pregunta desde un punto de vista espiritual. ¿Qué deseas ser cuando crezcas *espiritualmente*? El reto de las Escrituras es que «crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo» (Efesios 4.15). Necesitamos ser más como Jesús. ¿Cuáles fueron sus características dominantes? En Mateo 20.20–28, Jesús dijo que Él era un *siervo*.

En respuesta a la pregunta «¿Qué desea ser cuando crezca en Cristo?», puede que usted piense «Quiero ser un anciano o un diácono... o la esposa fiel de un anciano o de un diácono... o un maestro de Biblia... o un predicador o un misionero... o la esposa de un predicador o de un misionero». Todas estas respuestas son buenas; deseara que todos tuvieran metas como esas. No obstante, quiero sugerir que para que Dios pueda usarnos en cualquier capacidad, debemos, primero que nada, ser *siervos*.

Hoy estamos nombrando diáconos. Estamos tomando unos minutos para resaltar la labor de los diáconos, pero necesitamos entender que ser un diácono no se trata de gloria, honor y reconocimiento. Se trata de trabajo y de esfuerzo; a

menudo, trabajo que no se reconoce ni se aprecia, y a veces, esfuerzo que se critica; porque es trabajo y esfuerzo que son parte de las características de la labor del *siervo*.

UN RETO UNIVERSAL

La palabra «diácono» es una transliteración de la palabra griega *diakonos*. La palabra griega sencillamente significa «siervo», esto es, uno que trabaja para otros, uno que es responsable para con los demás. Básicamente, estos son hombres a los que los ancianos les están dando tareas específicas a realizar, para que ellos a su vez puedan concentrarse en el pastoreo del rebaño. Ustedes como congregación han escogido a (número) hermanos para que sean los diáconos, a saber: (número) varones cristianos, (número) maridos y padres cristianos, con una serie de talentos y de habilidades. Han escogido a estos hermanos para que *sirvan*, porque eso es lo que la palabra «diácono» significa.

No obstante, la necesidad de servir no está limitada a los diáconos. En Romanos 6, Pablo habló de nuestra obediencia de corazón cuando somos bautizados (vers.^o 17; vea vers.^{os} 3–4). Luego en el versículo 18 dijo: «... y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia». El versículo 22 dice que somos «siervos de Dios». En otra carta, Pablo presentó este reto: «... servíos por amor los unos a los otros» (Gálatas 5.13).

Sirvan a Dios; sírvanse unos a otros. De esto es lo que se trata el cristianismo. Carece de importancia el hecho de que sirvamos, o no, como ancianos o diáconos, sin embargo, es de vital importancia que seamos siervos. Cada uno de nosotros debe tomar la determinación de llevar una vida de servicio, de usar nuestras habilidades dadas por Dios en el

¹ Esta es una pregunta que les hacemos a los niños en los Estados Unidos. En algunas sociedades, los niños no tienen la libertad de escoger sus oficios. Adapte según se necesite.

servicio a Este y en el servicio a los demás.

UN INCIDENTE QUE PROVOCA LA REFLEXIÓN

Jesús estaba tratando de enseñarles a Sus discípulos acerca del servicio en Mateo 20.20–28. Acababa de decirles lo que estaba por sucederle a Él en Jerusalén, a saber: Que pronto moriría (vers.^{os} 17–19). Entonces, Salomé se acercó (vea Marcos 15.40). Ella era la esposa de Zebedeo, la madre de Santiago y de Juan. Jesús había estado hablando acerca de una cruz, sin embargo, ella estaba pensando en una *corona*. Él estaba hablando acerca de *responsabilidades*, pero ella estaba pensando en una *recompensa*. Él había estado hablando de *dolor*, pero ella estaba pensando en un *puesto*.

En efecto, esto fue lo que ella dijo: «En tu reino, ponga a mis dos hijos en los lugares más importantes, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, cerca de tu trono». Puedo imaginarme a Jesús negando con su cabeza mientras decía: «No sabéis lo que pedís» (vers.^o 22a). Ella no entendía la naturaleza del reino, esto es, que es espiritual y no material. Sobre todo, no entendía que el reino del Señor no es acerca de ser servido, sino de servir.

Jesús les preguntó a Santiago y a Juan: «¿Podéis beber del vaso que yo he de beber?» (vers.^o 22b). Él tenía en mente el sufrimiento que recién se describía en los versículos 17 al 19, sin embargo, ellos evidentemente pensaron que estaba hablando acerca de una tarea difícil, como la derrota de Sus enemigos antes de que comenzara Su reino sobre un trono físico. No carecían de coraje, así que con poca sinceridad respondieron: «Podemos» (vers.^o 22c). Así como su madre, ellos no entendían lo que estaban diciendo.

Me imagino a Jesús asintiendo con Su cabeza mientras decía: «A la verdad, de mi vaso beberéis» (vers.^o 23a). Él podía ver el futuro. Sabía que Santiago sería el primer apóstol en ser muerto como un mártir (Hechos 12.2). Sabía que Juan sufriría y sería desterrado a la isla de Patmos (Apocalipsis 1.9). Jesús continuó, diciendo: «... pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo» (Mateo 20.23b). Este era asunto de Dios (vers.^o 23c). Como lo hizo notar Cristo, en la disposición de Dios, los puestos de honor celestiales están reservados para los que *sirven*.

El versículo 24 dice que cuando los demás apóstoles escucharon el pedido de Santiago y de Juan, «se enojaron contra los dos hermanos». Los diez no se enojaron porque Santiago y Juan eran

ambiciosos, sino que se indignaron porque los dos estaban tratando de llevarles la delantera. Probablemente, no estaban contentos porque a ellos no se les ocurrió primero.

Entonces fue cuando Jesús juntó a los doce alrededor suyo y trató de explicar una vez más lo que realmente implica Su reino, esto es, Su señorío en los corazones de los hombres. En efecto, esto es lo que, en otras palabras, Jesús dijo: «Saben de los gobernantes del mundo. El poder y la posición es todo lo que les importa a ellos» (vers.^o 25). Los apóstoles habrían asentido con sus cabezas. Sabían que, en el mundo, uno puede darse cuenta de quién es grande por medio de mirar quién ejerce la mayor autoridad.

Jesús continuó diciendo: «Mas entre vosotros no será así» (vers.^o 26a). Quería que Sus discípulos supieran que Su reino no sería como los reinos terrenales. Probablemente, lucían confundidos. ¿Quién sería grande en el reino de Jesús? Él dijo: «... sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo» (vers.^{os} 26b–27). Jesús quería que Sus seguidores entendieran que, en Su reino, el camino *hacia arriba es hacia abajo*. Aprenda a ser siervo; aprenda a ser esclavo. No se preocupe por sus derechos. No se inquiete con respecto a quién recibe el crédito. Simplemente, esfuércese por servir.

¿Les dice Jesús a los demás que sirvan sin que Él esté dispuesto personalmente a servir? Ciertamente que no. Mientras aún les hablaba a Sus discípulos, resaltó que el servicio era el centro de Su inminente muerte en Jerusalén, diciendo: «... el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (vers.^o 28). Como Hijo de Dios, Deidad, el Creador de todas las cosas (Juan 1.1–3), tenía el derecho de ser servido. No obstante, renunció a ese derecho (vea Filipenses 2.6–8). Vino a servir y, en última instancia, a realizar el más grande de los servicios, esto es, morir en la cruz para pagar el rescate por todos los esclavizados por el pecado.

CONCLUSIÓN

Que Dios esté con estos (número) hermanos que están sentados al frente a medida que se comprometen a trabajar en los ámbitos especiales de servicio. Que Dios también esté con cada uno de nosotros mientras luchamos para crecer cada día en la semejanza de Jesús, el Siervo más grande de todos.

Autor: David Roper

©Copyright 2007, 2009, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados